

Fecha 16.06.2009	Sección Opinión	Página 2
---------------------	--------------------	-------------



DÍA CON DÍA

Héctor
Aguilar
Camín

Desenlace

Referí aquí el lunes 1 de junio una historia que titulé “De la abogacía en Michoacán”, sobre un matón de barrio en una colonia perdida de uno de los municipios de ese estado cuyos alcaldes siguen bajo arraigo.

Es una historia que oí de primera mano, por un testigo presencial del hecho. El matón, borracho, salió con su pistola a la calle desafiando a vecinos, disparó e hirió a un perro, cuya pequeña dueña, de 12 años, logró que su madre denunciara el hecho a la policía.

Vino una patrulla y no encontró nada, pero cuando la patrulla se fue el matón vino a amenazar a la madre poniendo una pistola en la cara de la hija. Advirtió que era de *Los Zetas*, que estaba protegido por las autoridades del municipio y que nada podrían contra él.

En una versión ampliada de los hechos, el testigo de aquella historia añade que el mismo matón, en pleito con otra vecina, amenazó con quemarle la casa. En un pleito más disparó sobre la ventana de un supuesto rival.

“Mientras no haya un muerto o un lesionado, no podemos hacer nada”, dijeron a los quejosos en la comisaría municipal.

Una abogada sugirió contratar quien matara al matón. Varios vecinos estaban en plan de

reunir los diez mil pesos requeridos.

Entonces vino la intervención federal en los diez municipios de Michoacán y cayó el alcalde del lugar.

Al día siguiente el matón no salió de su casa. Al día siguiente se fue de la colonia. Días después regresó a dormir, y se esfumó de nuevo.

Los vecinos empezaron entonces a contar sus agravios contra él y descubrieron lo que dije antes: que varios reunían ya el dinero necesario para deshacerse de él.

El rumor de la colonia ahora es que el matón no era zeta, sino protegido directo del municipio por razones que el pueblo ignora pero que no puede desvincular de la plaga local, que es el *narco*.

“No era de la banda de *Los Zetas*, sino de la banda del municipio”, dice el testigo. De nada tiene pruebas, salvo del hecho llano pero elocuente de la historia: ido el alcalde, desapareció el matón, cuya zafiedad incontrolable estuvo a punto de convertir en matones también al menos a un puñado de sus vecinos.

“Veremos cuánto tarda en arreglarse con los nuevos”, dice el testigo, que en nada cree.

Omito los nombres del municipio y del testigo a petición de este último, porque la mención puede ponerlo en riesgo. ■M

acamin@milenio.com

